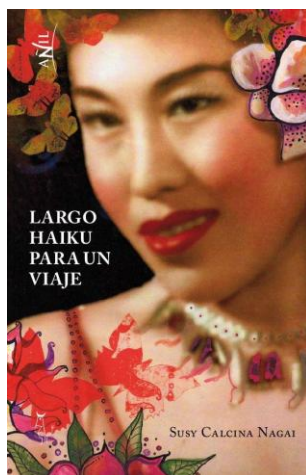


Tentar al destino. Susy Calcina Nagai: Largo haiku para un viaje

Por Gregory Zambrano (@gregoryzam)



La década de los años 30 del siglo XX marcó la consolidación de la política expansionista del imperio japonés. Mucho antes de la Segunda Guerra Mundial Japón incursionó en los territorios chinos, específicamente en Manchuria, donde extendió sus dominios desde 1931. Entonces, frente al plan avasallante de la Unión Soviética, Japón se sumó en 1936 a la propuesta de creación del “Pacto Anti-Komintern”, junto a la Alemania nazi, al que luego se incorporaría Italia, bajo el dominio de Mussolini, para tratar de mantener la hegemonía sobre China. Luego de la guerra, con la derrota japonesa, no sólo muchos de los soldados fueron hechos prisioneros o deportados, sino que cientos ciudadanos japoneses, civiles, regresaron a su país imposibilitados para el trabajo y presas de una profunda depresión. En ese marco comienza a desarrollarse la novela de Susy Calcina Nagai, *Largo haiku para un viaje* (Algón Editores, España, 2013).

Esta obra narra una gran historia marcada por la pasión, el amor, los desencuentros familiares, la guerra, el hambre y los desplazamientos. Nos lleva a recorrer kilómetros de distancia entre las más diversas geografías: Nagasaki, Siracusa, Shangai, Pekín, Hong Kong, Indonesia, Singapur, Bombay, Karachi, Creta, Venecia, Roma, San Francisco, Los Ángeles, Nueva Orleans, Puerto Cabello, Caracas y, finalmente, Barquisimeto...Venezuela, el hogar ansiado e imprevisto.

La historia de una saga

El coronel Akio Nakayama, oficial del ejército japonés es ascendido al grado de general y destinado a China, a donde va con su esposa, la señora Doshi y Jaruko, su única hija, que entonces se preparaba para iniciar los estudios universitarios. Por esta razón la madre y la hija

se quedan a vivir en Shangai, mientras que el padre se establece en Manchukuo, donde se asienta la sede política del dominio japonés sobre el territorio manchú.

La confluencia de ciudadanos de los países aliados en este territorio marca el curso narrativo cuando Jaruko, poco después de terminar sus estudios de Derecho Internacional en Shangai, ciudad cosmopolita, llamada el “París de Oriente”, conoce a Antonio Rosso, un joven marinero italiano que la rescata, junto a su mascota, en medio de una protesta callejera anti nipona.

Poco después los jóvenes se enamoran y Jaruko decide desafiar los patrones de su formación familiar y reta la aspiración de sus padres cuando les comunica que ha decidido casarse. “Deseaban que se casara con un hombre japonés de su mismo nivel. Tenían planificado que llegara a un matrimonio concertado, y no con un pescador transformado en soldado, como lo catalogó su padre”.

La coyuntura de las renunciaciones

Ante la negativa del padre para que su hija se casara con Antonio se revela lo que podría interpretarse como una de las condiciones éticas de los japoneses: saldar el pasado y comenzar de nuevo. Jaruko acepta el matrimonio y con esto el cambio de nombre; pasará a llamarse Anna. Se hará cristiana, se casará según los rituales de la fe católica. Empezará así los caminos de su propio destino, una vez que su padre le impuso su sentencia: no sólo será desheredada sino repudiada por él, desdén que sella con una profecía: “no podrás ser feliz si te vas de nuestro lado”. Su reacción ante el rechazo del padre, reafirma de manera paradójica, la lealtad a su condición de japonesa formada en los rituales de la tradición: ser fiel a sí misma. Una educación férrea atada a la costumbre familiar japonesa y una madre sumisa ante los designios del marido, llevan a Jaruko a deslindarse. Está consciente de que la naturaleza de su madre está signada por la tristeza y la resignación; su mundo es su casa, el jardín, en paciente espera del general, siempre sometido a las exigencias de su alto cargo. Al parecer, no tiene la menor intención de procurarse para sí misma un mínimo de felicidad.

Entonces Jaruko “tomó la decisión de no repetir el destino de su madre y la actitud sumisa de las mujeres orientales”. Esto estimula en ella un rechazo a la figura de la esposa abnegada, que sostiene su carácter en la manera de ser y estar conforme y no revelar sus aspiraciones y deseos o manifestar sus desacuerdos. Jaruko será una esposa distinta.

Ruth Benedict en su clásica obra *El crisantemo y la espada*, afirma que “Aunque un matrimonio sea feliz, la esposa no está situada en el centro de los círculos de las obligaciones. Por esta razón, un hombre no debe poner sus relaciones con ella en el mismo nivel en que están sus sentimientos hacia sus padres o hacia su país”.

En ese perfil se inscribe la personalidad del general Nakayama y es el que Jaruko cuestiona. Ella no volverá a ver a su padre. Su madre, sin embargo, quiere ayudarla y se reúne con ella en un par de ocasiones, de manera furtiva. La memoria que la hija guarda de ellos se mezcla luego con la tragedia de las explosiones nucleares de Hiroshima y Nagasaki con las que acaba la guerra. Para entonces ella intuye que sus padres ya habrían regresado a Nagasaki y que allí pudo haberles sorprendió la bomba.



Los caminos aguardan

Comprender la situación de su propia madre y no querer repetir el mismo patrón, la llevan a construir su vida de mujer casada desde una perspectiva distinta. Nunca doblega su carácter, impone los valores de su formación cultural y al mismo tiempo que sirve como apoyo a su marido, no se amolda a la visión del mundo tan distinta que tenía aquel hombre hecho para el trabajo.

La vocación de Antonio está marcada por el ideal de hacer fortuna con la habilidad de sus manos y su instinto aventurero para los negocios, pero que también quiso reproducir el modelo de protectorado y confinamiento de su esposa a las labores domésticas. Anna nunca dejará de rebelarse.

La historia de Antonio y Anna se describe por la línea de acción que deciden ambos, siguiendo ese instinto emprendedor. Se mudan a una ciudad y luego a otra, intentan diferentes negocios. El nacimiento consecutivo de sus cinco hijas y las dificultades afrontadas para mantenerlas y educarlas entre los patrones de dos culturas distintas refuerzan un combinado de visiones del mundo que no logran conciliarse. Por un lado el espíritu tenaz de Antonio, y por el otro, el posicionamiento de Anna, ahora ya no dispuesta como estuvo a sacrificar su nombre y apellido, su posición social privilegiada, la riqueza y el bienestar que tal vez le hubiese esperado de haberse casado con un hombre de su clase, sino que es ella quien busca imponer a sus hijas los valores de su propia educación.

Pero en el contexto de la relación familiar, la situación política y el avance del totalitarismo chino imponen nuevos retos. Ahora debe afrontar las más angustiosas vicisitudes, como las de apoyar a su marido en la búsqueda de horizontes fuera de China. Es así como se bifurcan los

caminos que lo llevan a él a explorar opciones laborales en Estados Unidos y a ella a tratar de mantener a sus hijas dignamente, en medio de severas limitaciones económicas.

La Revolución Cultural avanza y con ella las persecuciones a la disidencia, la represión y la hambruna. Todo resulta adverso, al extremo de plantearse la posibilidad de internar a las hijas en un hospicio porque no tenía la manera de garantizarles mínimamente la manutención. Cuando esto está a punto de suceder, ocurre una coyuntura favorable que le ofrece la obtención de un pasaporte familiar, gestionado por el consulado italiano, para que ella y sus hijas abandonen China. Las seis viajarían a Siracusa, a buscar el apoyo de la familia de Antonio. Los caminos bifurcados finalmente se van a reencontrar en Venezuela, a donde había emigrado poco antes un hermano de Antonio.



Jaruko y sus hijas

Venezuela, el destino

La acción transcurre a comienzos de los años cincuenta, cuando la dictadura desarrollista de Marcos Pérez Jiménez abría el país a la inmigración y muchos europeos, principalmente italianos, portugueses y españoles, llegaron a Venezuela en procura de consolidar su sueño de paz, tierra, trabajo y libertad.

Paradójicamente, muchos venezolanos sufrían una fuerte represión por parte de la dictadura. El gobierno era implacable con la disidencia y, al mismo tiempo, condescendiente con esos migrantes que a la postre se irían convirtiendo en un modelo de acoplamiento cultural y en la mayoría de los casos, ejemplo de una incorporación muy positiva, favorecida por la “ausencia de racismo dado el mestizaje de la gente”, según afirma la narradora.

Y es en el puerto de La Guaira donde la pareja se reencuentra después de dos años de separación. Desde allí a Barquisimeto donde emprenden una nueva etapa en la que refundan el hogar, con muchos sacrificios. “El mar se acaba donde comienza tu nuevo destino”, decía

Antonio, y el país que comienza en la orilla del mar marca también el encuentro con un nuevo derrotero.

Es también el período en que todas sus hijas (Francesca, Vittoria, Concetta, Anna María y Margarita), consolidan su formación académica y emprenden, cada una a su manera, su camino independiente. Por fin parecía que el padre alcanzaba el puerto seguro que buscó desde sus lejanos años en Siracusa, y para Anna era la concreción de su sueño de realizarse como artista plástica.

Finalmente, Anna y Antonio parecieran lograr el reposo ansiado, pero no es así. La estabilidad económica vino acompañada de la inestabilidad de pareja, con el crecimiento de sus hijas vino el necesario cambio de sus derroteros. Cada una, así como su madre lo hizo en su momento, desafía los deseos de sus padres y todas comienzan a bifurcar sus caminos y cimentar sus propios destinos.

La saga familiar que comienza con la juventud de los protagonistas se cierra con sus respectivas muertes, lejos de las tierras que los vio nacer y sometidos a los constantes cambios y desplazamientos que en aquellos años provocó la guerra.

La obra puede leerse como la autobiografía de la madre, recuperada por una de sus hijas sobrevivientes; también como la historia íntima de una saga familiar, permeada por la memoria y escrita de una manera sutil y sincera, sin querer ocultar las debilidades y miserias que ponen a prueba el temple de las personas. Y creo que de igual manera puede leerse como un homenaje a los migrantes del mundo cuyo afán de lucha y supervivencia los convierte en un ejemplo.

Susy Calcina Nagai, escritora venezolana de origen ítalo-japonés, nacida en China, ha escrito un libro colmado de gratitud por ese pasado, en un intento por recuperar los orígenes ancestrales y legarlos como testimonio. En la perspectiva histórica que le sirve de telón de fondo, deja apreciar cómo se fragua el carácter de las personas y cómo se destruyen las sociedades bajo el flagelo de las guerras. Quizás sea esta obra un reclamo por un mundo de paz que permita construir y consolidar familias y proyectos de vida.

Largo haiku para un viaje es una obra intensa, que atrapa en sus más de 300 páginas. Particularmente me interesan estos relatos que problematizan la condición migrante, las miradas cruzadas, y esta obra lo logra de manera solvente, con una singular manera de compartir los tonos amargos de los desencuentros, la pequeñas victorias del día a día y la fortaleza de los que luchan para sobrevivir contra todas las adversidades.

Gregory Zambrano
Tokio, enero de 2014.

«El primer error que cometí fue dejar de llamarme Jaruko. Cuando la gente se enamora es capaz de perder hasta el nombre, ese fue mi caso. Las personas se casan llevándose consigo dos equipajes: el primero consta de los enseres y pertenencias; el segundo, contiene el modo de ser y pensar... la tradición, las costumbres, los hábitos y sus gustos. En total son cuatro equipajes que deben ajustarse en un solo espacio que se llama matrimonio.»

Susy Calcina Nagai, *Largo haiku para un viaje* (Algón Editores, España, 2013).

Publicado originalmente en la sección "Letras al vuelo" con el título:

"Tentar al destino. Susy Calcina Nagai: Largo haiku para un viaje" (enero de 2014). En el blog:

<http://gregoryzambrano.wordpress.com/letras-al-vuelo/>